

rra, que se borra sin esfuerzo y vuelve á escribirse con facilidad!

Carlos tuvo que despedirse devorando sus celos, apoyado en el barandal del corredor, obligado á sonreirse también de las candentes frases que se cruzaban delante de él, hiriéndole el rostro al pasar, como si fueran formuladas por un látigo; presenciando con paciencia forzada los preliminares de un contrato de compra-venta, presenciando con un infierno en su interior, el mutuo consentimiento de los contratantes, careciendo de derechos que invocar y abundante de amor y de desesperación. Estaba tembloroso al sentarse en el sofacito de la diva, un sofá de parador, anciano y descolorido, lleno de manchas y deaños, con resortes paralíticos y quejumbrosos, ocultando historias y aventuras, agonizando con sus secretos. Jeanette fué a sentarse á su lado, pegada á él, y le contó cómo esos caballeros acabados de irse le habían regalado un perrito, chiquitín, monísimo, y con las manos simulaba las dimensiones; ya vería cómo le gustaba. Se levantó de un brinco y se acercó á un sillón en el que dormía, envuelto cuidadosamente en un schal, el perro del regalo. Al mostrárselo á Carlos, que le había cobrado una ojeriza tan profunda como injustificada, le besaba la cara, las orejas, el hocico, prodigándole palabras apasionadas; enseñábaselo de lejos, temerosa de que fuera á hacerle daño, prendada del animal y prendada gratuitamente, que

más tenía de defectos que de cualidades. Carlos, aunque mirándolo de reojo, sintióse contagiado de la alegría infantil de la diva que acariciaba al bicho, con toda la ternura de que son capaces las mujeres nerviosas y las que nunca han tenido hijos; reía también, por imitación, por seguir la corriente, por colocarse á la altura de las circunstancias, que no era mucha, y sintiéndose poseído del deseo de probar que tenía gracia como la tiene todo el mundo, por tonto que se sea, aventuró una pregunta grosera e intempestiva, que tanto equivalía a una falta de pudor como a un abuso de confianza:

—¿No sería perra.....?

—Era verdad, no había reparado ni se le había ocurrido averiguarlo—contestó la actriz riendo á carcajadas.

Y resolvieron cerciorarse por sí mismos, contentos de encanallarse, con la seguridad de que se hallaban solos, excitados por la operación, por el capricho que á ella le inspiraba su enamorado y él, por el cariño que profesaba á la cómica. Colocaron al animalito, de pocas carnes por su raza, huesudo y deforme, temblando de frío y de temor, con la cola entre las piernas y dando pasos desconfiados y encogidos, sobre la mesa del centro, apoyándolo contra la lámpara; resultó perra, había sido una buena idea la del reconocimiento, ahora faltaba sólo bautizarla con un nombre que cuadrara con su tamaño y con su aspecto, y además, que fuera in-

glés, los nombres ingleses comunican cierta distinción. Discutieron varios, no atinaban ni se ponían de acuerdo; resultaban unos demasiado largos, otros vulgares, é inadmisibles los más. Carlos encontró al fin, decididamente estaba de vena aquella tarde. La llamarían Fly, es decir, mosca, iríale á maravilla por su exterior enfermizo y chocante. Al notificárselo, inclinados sobre ella, hecha un ovillo en un rincón de la pieza, les enseñó los dientes mirándolos melancólicamente; temía sin duda un segundo reconocimiento.

Sentáronse de nuevo, lado á lado como antes, cansados del juego y de reírse, mudos y pensativos; el cuarto, sumido á esa hora en una apacible semioscuridad, no permitía distinguir con claridad los objetos; veíanse los mayores como otras tantas manchas colocadas sin orden ni simetría, confundiendo los pequeños con la sombra de aquellos. Entraba por la ventana un rayo de luz del vecino farol del corredor, luz amarillenta y opaca, aumentando conforme penetraba, yendo á morir en la cortina de la alcoba, que á intervalos se estremecía con las intermitentes ráfagas del aire, pareciendo que alguien que se ocultaba allí, la movía á su antojo. Sentíanse bien así, sin hablar, sin poder verse, soñando ella con sus ambiciones y él con la realización de sus deseos.

De vez en cuando, escuchábase el violento sonar de los timbres eléctricos, nerviosos é incesantes

cual reló que pierde la cuerda, respondiéndose unos á otros en tonos varios, indicando las impacencias del que llama y la tardanza de los camaristas; y de una manera monótona, imponente y sorda, el ruido de la máquina del ascensor, pareciendo á lo lejos la respiración fatigosa de un asmático.

—La cuidaré mucho—dijo de pronto Jeanette, refiriéndose á Fly.

—Bueno—repuso Carlos que no pensaba en eso.

Y volvieron á encerrarse en su mutismo, arrepentidos de haber cortado el hilo de sus reflexiones, hasta que quedaron completamente en tinieblas, excepción hecha del amarillento rayo de luz que no torcía su rumbo, enclavado en la alfombra y señalando siempre la entrada de la alcoba. Jeanette propuso encender la lámpara y Carlos, sin contestarle, sin darse cuenta exacta del lugar que ocupaba, á tientas, la abrazó con pasión y con furia, aprovechándose de la oportunidad, lanzado en una pendiente para él desconocida, sofocando á besos las protestas de la otra, que se defendía tratando de deshacerse, sorprendida, jadeante, halagada. Percibíase en medio á tanta sombra, el rumor de la lucha invisible, repitiendo ella por lo bajo “no,” “no,” y él sin contestar, entregado á su grata faena, avanzando terreno á cada tentativa, comprendiendo que Jeanette iba á ceder, acosándola, dejándola sin movimiento, cubriéndola con un océano de caricias; y allá, en un sitio ignorado, oíanse ame-

nazadores los gruñidos de Fly, que no se hacía cargo de la situación. De repente llamaron á la puerta, discreta y moderadamente, como el que conoce que interrumpe, con golpecitos suaves, sin gritar y sin insistencia.

¿Quién podía ser?

Suspendiéronse las hostilidades, decretóse una tregua, y arreglándose Jeanette los desperfectos del vestido se acercó á abrir.

—¿Quién es?—preguntó con la voz ligeramente enronquecida por la agitación. Era su mayordomo que iba á enterarse de si la señora bajaba á comer: pero antes de que pudiera acogerse á esa tabla de salvación, sintió que Carlos le besaba la nuca, suplicante y enamorado.

—No comía, cenaría en el teatro después de la función.

Al mismo tiempo que se alejaban los pasos del mayordomo, Carlos cerró la ventana importunado por la claridad; los curiosos estaban de más, el camino de la alcoba sin derrotero. Adivinándose á distancia, se aproximaron ambos á un mismo punto, sin vacilaciones ni tropiezos.

Y Fly en tanto, no acostumbrada aún á las excentricidades de su nueva ama, seguía gruñendo á esa escena negra.

IV.

Al día siguiente no había función; se citaron para el ensayo, que sería á las siete. No tendría dificultades para entrar; bastaba mostrar la papeleta de abono. Los abonados disfrutaban del derecho de presenciarlos.

Carlos llegó un poco después de la hora, fastidiado del trabajo, de los números, de su jefe, de sus compañeros; y se deslumbró en la sala, apenas iluminada por algunas lámparas de petróleo pendientes de dos alambres, sobre el sitio destinado á la orquesta, y con reverberos de hoja de lata en forma de embudos para no desperdiciar la anémica luz que regalaban. Sobre los bancos cercanos al escenario, distinguíanse las figuras de varias concurrentes, hablando recio y con grandes sombreros que, al moverse con las réplicas de la conversación, simulaban aves nocturnas orientándose antes de tender el vuelo. Eran las vergonzantes, las púdicas en público, y las que conocen á las compañías teatrales con billetes prestados por los amigos amables y compasivos.

En el escenario á telón corrido, había dos rejas de madera blanca, una en cada extremo, fijadas á los muros de los palcos del proscenio, recargadas de abrigos y de paraguas. Fumaban indolentemente los músicos, charlando en corrillos, mientras

el encargado de conducir los instrumentos delicados á los domicilios de sus dueños, colocaba sobre los atriles las distintas *particellas* de la obra, leyendo con dificultad los nombres correspondientes, inclinándose mucho y arrimando sillas. No había puesta decoración ninguna; los bastidores apoyados unos sobre otros, carcomidos y usados, parecían descansar del trabajo de la víspera, disfrutar de momentáneo reposo, prepararse á seguir al día siguiente, y al otro y todos, hasta concluir hechos girones sucios é informes, en el sótano, en los departamentos del conserje, en los basureros. Asomaban en las bambalinas, uno que otro trozo de los telones, mal enrollados en sus cilindros; y en el fondo, hacinados, golpeándose entre sí, ruedas monstruos, puentes mutilados, escaleras ennegrecidas, puertas abiertas, ventanas desgarradas, macetas de cartón. En el centro, una mesa descolorida, con huellas de pavesa y de líquido derramado, al rededor de la cual estaban sentados el apuntador y el maestro de coros, cada cual con su partitura y un candelabro del guardarropa sirviéndoles de línea divisoria, atestado de velas esteáricas con la flama torcida, chorreadas por un lado, como si estuvieran atacadas de una erupción granulosa y horrible, goteando sobre el tablero después de engrosar su verruga.

Las primeras partes femeninas, sentadas tras una de las rejas, la más cubierta de abrigos para

defenderse los ojos del ingrato resplandor de las lámparas, se examinaban los trajes al soslayo, conversando de generalidades, bostezando de aburrimiento, censurando al país, que calificaban de bárbaro y de poco culto, sin otra razón, que esa mentida superioridad personal de que se cree poseedor el más infeliz europeo cuando vive en América.

Las coristas discurrían juntas, subiendo y bajando por el foro, arrebatándose la palabra, comunicándose en lo confidencial, los desconuelos de sus cortes de caja y quienes eran los puntos de paga, de entre los rondadores conocidos. Los hombres, metalizados francamente, maldiciendo de la mezquindad de los sueldos y de la carestía de la ciudad. Los únicos impasibles eran el apuntador y el maestro de coros, viejos los dos, descuidados en el vestir y con fisonomía de antiguos calaveras, de hombres gastados en correrías con mujerzuelas de poco más ó menos. Cuchicheaban por lo bajo, presididos por un libre cambio de impresiones íntimas, contándose chismes de bastidores, enredos de artistas, indecencias que les animaban el semblante haciéndolos reír con picardía. Un piano, olvidado en el repaso de la tarde, de espaldas á la sala, mostraba sus entrañas de hierro oxidado sin cuidarse del qué dirán, y ofrecía su apoyo al director de orquesta, que cuestionaba con el empresario, hasta que éste accedió á sus pretensiones por quitárselo de encima y sin propósitos de cumplir. Cercioróse con una mirada de

que nadie faltaba, mirada rápida y segura, de quien conoce su oficio, y sacó el reló:

—¿No se ensayaba aquella noche? ¿Qué esperaban?

Se restableció el orden en un momento, con murmullos tímidos de desaprobación por la brusquedad desplegada; ni á los animales se trataba así, con ese imperio y con esos modos. El director de orquesta saltó por sobre la concha y se sentó violento, dando fuertes y repetidos golpes con la batuta, el sombrero echado sobre las cejas, mascando un grueso tabaco que humeaba en su boca. Acomodáronse los músicos con su imperturbable calma, limpiando los instrumentos con el pañuelo, soltando acordes por vía de prueba que salían buriones y destemplados, mirándose con sorna, penetrados de que eran indispensables; sin ellos no marcharía el negocio, formaban el complemento, el todo. ¿Por qué habían de pagar por los delincuentes? Si desagradaban, asunto concluido; se marcharían como si tal cosa, que no se reune, así como así, una orquesta de un día para otro, ni se tropieza con un filarmónico al torcer de una esquina.

El maestro de coros y el apuntador se interrumpieron en lo más interesante de la plática, se veían luego, y se separaron emplazados, ahogando su risa, una risa necia é insistente aumentada por lo picante de los pormenores traídos á colación y por

la cara adusta y ceñuda del patrón, como denominaban al empresario.

Las coristas, llamadas á gritos y á golpes de bastón sobre el entarimado, llegaban corriendo á formarse en círculo, perdiendo el equilibrio, riñéndose entre dientes. Y comenzó el ensayo, de mala gana, disimulando ante el ojo del amo que no pestañeaba, vigilante y taciturno. A cada paso sonaba de nuevo la batuta del director, interrumpiendo repentinamente á músicos y cantantes para corregir defectos impasables; de pie, agitando los brazos, soltando frases duras, inconsideradas; crispados los nervios con lo inarmónico de la interrupción, una fuga de notas martirizante, la orquesta ya lanzada y parando por partes, como persona á quien opera un cirujano. Nadie hubiera reconocido en el director, al hombre que en las noches de función, correcto y mesurado, conducía á su mundo, enguantado de blanco, amable y con posturas elegantes. Cuando la escena lo requería, acercábanse la diva y el tenor, el barítono y la contralto, el bajo y la característica, solos ó en conjunto, y apenas si cantaban, las mujeres con los brazos cruzados, los hombres con las manos en las espaldas ó borrando una arruga del pantalón; si la duración era muy larga, arrastraban ellas sus sillas, perezosamente, y ellos se sentaban sobre un extremo de la mesa, sobre las narices del apuntador, balanceando las piernas.

En ocasiones, saltaba el director de escena, iracundo ante tanta frialdad, y se ponía á hacer la parte de un hombre ó de una mujer, indistintamente; recomendaba los efectos, los arranques; repetía la lección, abrazando la atmósfera, dando pasos de cancéan, carreras de anciano, voces de idiota, movimientos militares; enarbolando el paraguas, alzándose la falda del saco. Los otros lo rodeaban exasperados de que se les aclarara su poca voluntad. Ya sabían cómo había de hacerse, pero no querían cansarse inútilmente, agotar sus fuerzas y sus recursos. Sobraba para ensayo, ó acaso deseaba que trabajaran doble? El, protestaba encaprichado; así se viciaban los mejores artistas. Y se disputaban frenéticos, perdiendo el tiempo, por el gusto de disputarse, separándose á poco como si nada hubiera pasado, como buenos amigos.

—No debía tener cuidado, lo harían como les indicaba. Lo empujaban cariñosamente, picándole los costados, golpeándole la espalda, hasta que al fin se reía, vencido, queriendo á todos en el fondo, encogiendo los hombros y murmurando que lo hacía por ellos, á él no habían de silbarlo.

Otras veces atravesaban por la escena, gentes que no pertenecían al teatro, saludando al empresario con síntomas ostensibles de intimidación, afectuosamente recibidos por él. Sacaban de las bolsas periódicos doblados y en abundancia, extendían uno, señalaban parte determinada y se agachaban

todos a leerlo, tocándose los sombreros, buscando la luz. Seguíanse cordiales apretones de manos, se separaban, y los recién venidos se llegaban á las señoras, siempre con el periódico desdoblado como la bandera de paz ó el justificante de la visita; repartían uno por cabeza y los agasajaban, ofreciéndoles la mitad de un asiento, colándose entre dos hembras, hechos grandes señores.

Carlos, que desde su entrada se había quedado en los últimos bancos, sobrecogido de temor ante el alboroto escénico, presintiendo un disgusto, mirando por instantes que pasarían de las palabras á las obras, admirado de la barahunda, envidió al primero de los caballeros que vió penetrar con tanta frescura, sin que nadie lo expulsara por inmiscuirse en lo que no le importaba. ¿Sería accionista ó socio? Reconoció, de entre ellos, á su amigo, al que lo había presentado; entonces eran periodistas, pero muchos, y contó hasta media docena. ¡Cómo le volvían tentaciones de convertirse en colega, aquello era una ganga, ni más ni menos! Qué diferencia entre su oficio y el de los escritores. Francamente, nunca se le había ocurrido meterse á eso, no se sentía con disposiciones. Sus dotes literarias se limitaron á la sequedad metálica de la correspondencia mercantil. Comprendía que hasta sus cartas de cuando novio iban impregnadas de ese olor a teneduría, desabridas, lacónicas. Y esperaba ansioso á que concluyera el ensayo, interminable según él,

llevado a la carrera según el sentir de la concurrencia gratis. Estos estaban en lo justo, diríase de los entreactos que eran fondas de camino de hierro, contábase el reposo por minutos, y vuelta á empezar, con la velocidad de un tren directo. Levantóse Carlos previendo la conclusión y se aventuró hasta el escenario. ¿Por qué no entrar? ¿No era la primadona su querida? Pues ánimo y adelante. Siguió avanzando aunque con precauciones, la entrada estaba como boca de lobo; tentando aquí con el bastón, volteando allá guiado por sus recuerdos de la primera excursión, llegó a un hueco, entre dos bastidores, y se detuvo. Parecíale prudente conformarse con lo ganado. Aguantaría allí, en espera del fin, sin ser objeto de ninguna curiosidad, y pudiendo contemplar á sus anchas á su Jeanette, porque era suya y muy suya, hasta nueva disposición. Subíale un humillo casi invisible, mezclado al peculiar aroma de lo que principia á incendiarse, paja quemada ó papel sucio; y temeroso de una catástrofe, se volvió de pronto para atinar con el origen. En el primer escalón de una de tantas escaleras verticales, que partiendo del piso, se pierden en el enrejado de vigas del techo, por donde en las noches de función suben y bajan los maquinistas con la rapidez precisa de un gorila, fumaba impasible un telonero, acostumbrado de años atrás á tales bullas, familiarizado con las tinieblas, con los idiomas extranjeros que tanto ha oído, y con todos

esos apartes de color rojo vivo que se verifican en los rincones solitarios.

Veía de tiempo en tiempo, cómo desaparecía una corista y hablaba de prisa, temerosa de que la descubrieran faltando á sus deberes, con un individuo también oculto y del que sólo se distinguía la blancura relumbrante de los puños, de la camisa, quedando lo demás indescifrable y desvanecido. Eran citas sin eufemismos, descaradas, sin lugar á disfrazarlas con galanterías; ¿«sería esa noche,?» «el brazalete estaba comprado,» y venían luego instantes de silencio, cálculos violentos, cerrábase el trato con caricias interesadas, con besos que se oían como chasquidos de fósforos resistiendo á inflamarse, que requieren dos y tres frotamientos; se alejaban ellas diciendo que sí, á la salida, en la calle; traicionándose los deseos de concluir, de solventar un crédito que se contrae en momentos aflictivos con un acreedor exigente y soez. Caminaba Carlos de sorpresa en sorpresa; eso no era un teatro, era un..... y al pensar en el calificativo apropiado, sintió que el rubor coloreaba sus mejillas; hízose el valiente, aspiró ánimos á plenos pulmones y se conformó con que el mundo se desquiciara á ojos vistas, anhelando no le causara algún daño mayor en su desquiciamiento.

Terminó el ensayo con un estruendo de derrota, una especie de sálvese el que pueda, despidiéndose á gritos, á manazos, encendiendo cigarrillos, subiénd-

dose el embozo, y el traspunte, repitiendo sin cesar la hora fijada para el último ensayo del día siguiente.

Mañana á las 12; coro de señoras abajo; coro de hombres guardarropa; primeras partes, piano, arriba.

Apagaban los mozos, velas y lámparas, el apuntador y el maestro de coro se invitaban á su acostumbrada taza de café, reanudando la conversación; los atrasados salían á tientas renegando del que los exponía á estrellarse contra las paredes, y Jeanette, acompañada del empresario que por egoísmo la mimaba, salió la postrera. Abandonó Carlos su escondite tocándole un codo. Al notar que no lo reconocían se identificó.

—Soy yo, Carlos, hace un siglo que te espero.

Peor para él, por qué no había entrado como entraban todos? Llenábalo de recriminaciones ficticias, colgada de su brazo, acostándose sobre su hombro, con ademanes de recién casada ó de mujerzuela que satisface un capricho, quiere prolongar su duración y explota con pericia los pequeños recursos del sexo sin prodigar los mayores, de pie sobre la línea de reserva, en espera de las ocasiones solemnes: un engaño, una reconciliación ó un regalo.

En el pasillo, se encontraron con un matrimonio que reñía, jurando ella que nada había pasado, un saludo inocente, confianzado quizá, pero

nunca una falta; y él obstinado, receloso, grosero. —“Los he visto” era su argumento principal, al que apelaba cuando el convencimiento lo vencía.

Cenaron juntos, en un gabinete de restaurant, disfrutando á sus anchas de lo fugaz de la luna de miel, dando de comer á Fly en un plato de postres, limpiándole el hocico con la servilleta que les estaba sirviendo; inventando Jeanette multitud de juegos con las frutas y con las flores, despertando reminiscencias de su vida pasada, resucitando, á fuerza de libaciones, su antigua habilidad de educanda decafé cantante y de clandestina de Batignolles; sus noches tempestuosas en las cervecerías de las fortificaciones, y sus días de lágrimas contemplando al través de inhumanas rejas el cielo lívido del invierno parisiense, confiscada por higiene en Saint Lazare. Fué un torrente de confidencias, animada como lo estaba por el champagne y por sus recuerdos que le llegaban en tropel, inopinadamente, sin haberlos provocado; era un viaje retrospectivo é involuntario; pero sin olvidar nada, registrándolo todo, como ministro ejecutor ó marido desconfiado; las huídas á la vista de los gendarmes, las borracheras en el campo, las temporadas en el barrio latino, las cuadrillas en los bailes públicos, la continua renovación de amante, el Sena atrayéndola hacia su regazo en las horas de miseria; no se contenía, á medida que hablaba, el eco de su propia voz la azuzaba á seguir, á llegar hasta el fin, sin perdonar detalles

ni omitir fechas. Y dijo cuanto tenía que decir, quedando exhausta por el esfuerzo y por la desenmascarada, mirando á Carlos con zozobra, queriendo adivinar el efecto causado, con suficiente conciencia para comprender que el alcohol triunfaba y que se había ido de bruces; exigiéndole la reciprocidad, rogándole que hablara, á cada cual su turno, pactando que se daría al olvido lo narrado, instantes de expansión indispensable y benéfica.

Carlos lo bebió taciturno, enredábasele la lengua, arrugaba los ojos, temblábale la mano cuando la extendía sin rumbo, designando un punto imaginario. Jeanette insistía, tenía derechos para insistir, le acercaba la copa á los labios derramándosela por el cuello, retorcíale los bigotes, le suplicaba, hasta que comenzó á explicarse con dificultades, cortando los períodos, quejándose de jaqueca, incoherente y pausado. Su vida había sido muy tranquila, desde niño encerrado en un colegio, allá en Inglaterra; asustándose todavía al mencionar la rigidez de los jesuitas que lo educaron, inflexibles para las correcciones, sin sonreír ni acariciar jamás. Recordó el día de su primera comunión, un día nebuloso y triste en que la nieve les impidió salir de paseo; y en el que robó en unión de varios compañeros, una grande provisión de chocolate; y cuando murió una de las vacas del establecimiento al nacer su becerrito, que adoptó otra, la brava, la

que estaba siempre amarrada; simplezas, niñerías que fastidiaban á Jeanette.

—Aquello no era cierto, se burlaba de ella, mentía.

—Te aseguro—tartamudeaba Carlos—que es la verdad pura.

—¿Pero y después? ¿Qué has hecho después, ya grande?

—Pues, lo mismo.....he trabajado, he trabajado muchomuchísimo.

Y no lo sacaban de allí, resollando por la herida, repitiéndolo á cada dos palabras, perseguido por ese mismo trabajo que lo ahogaba en su solaz, en su sueño, en sus diversiones; teniéndolo grabado en el cerebro, al agua fuerte, con buril y tintas indelebles. Se calmó Jeanette; si Carlos no podía hablar, menos podría recordar, y sintiéndose refrescada, en posesión completa de sus facultades, llamó y pidió la cuenta, regateando con el camarero los dineros que sacaba del chaleco de Carlos, medio insensible, sin oponer resistencia, mirándola estúpidamente y murmurando: "he trabajado mucho,.... muchísimo." Le ayudó Jeanette á levantarse, le puso el gabán y el sombrero, y salieron salvando las apariencias hasta donde era posible, ella charlando, sosteniéndolo por el brazo, en una crisis de ternura casi maternal, orgullosa de ser dueña incondicional de aquel niño-hombrón, de aquella naturaleza exuberante, virgen y aletargada; y Car-

los arrastrando los pies sin encontrar apoyo, como caminan los enfermos de la espina, dejándose llevar. En la calle, el viento frío de la noche acabó de despejar á Jeanette y de empeorar á Carlos, rojo tirando á congestión. Volvió á su tema, á lo mucho que había trabajado, y la cómica estrechándole amorosamente el brazo, le contestaba empinándose para alcanzar á deslizárselo en el oído.

—Pobrecito, si ya lo sé; ya me lo has dicho.

Despertáronse tarde á la mañana siguiente, sintiendo Carlos un grande malestar. Entretuvieronse un rato viendo á Fly que quería cazar una mosca y á poco, el eco majestuoso de las campanas de la Catedral les demostró que el sol llegaba á la mitad de su carrera. Jeanette había faltado al ensayo; Carlos á la oficina. Escribió una tarjeta sobre la almohada, disculpándose, una indisposición ligera, cualquier cosa, asistiría en la tarde. Jeanette llamó á su camarista, que no se sorprendió, al entrar, de las liberalidades de su señora, familiarizada con ellas, suprimiendo los aspavientos por educación ó por hábito. No mencionaron la noche anterior, ni había para qué, ambos tenían la culpa, ambos de qué arrepentirse. A qué pues, remover su calaverada, pasada en silencio, sin otros testigos que los mismos interesados? Si convinieron en no repetirlo, sobre eso estaban en perfecto acuerdo. No necesitaban de clasificar la falta ni de censurarla, bastábales con su mutua promesa. Primera y

última, era asunto convenido, sentencia inapelable. Por supuesto, que no dejarían ni sospechar al más avisado, su escandalito; y en público, como siempre, buenos amigos y pare Ud. de contar. Quedaron prohibidas las alusiones y las frases embozadas y las indirectas; una cana al aire que maldita la falta que les hacía mencionar. Carlos tenía una idea fija, entre ceja y ceja, y la soltó no pudiendo ocultarla por más tiempo:

—¿Quieres venir á los toros mañana?

—¿Juntos?

—¿Y qué? Juntos, sí; podía convidar á uno ó dos de sus compañeros, con los que mejor estuviera. Jeanette se resistía; eso de presentarse en público con esa franqueza y con esa intimidad? A tanto equivaldría ponerse á dar parte de sus locuras á todo el mundo. Carlos argumentaba, volvía á la carga. Si fueran enteramente solos, pase, pero acompañados de otros artistas, nada tenía de extraordinario. “Ya verás como te diviertes, nunca los has visto. Aunque á mí no me agradan, iré contento porque tú los conozcas.” La verdad era que Carlos picado del demonio de la vanidad, quería lucir su conquista, evidenciarse, demostrar que cada quien hace lo que puede y como Dios le da á entender.

Y estuvo elocuente, con poderosa oratoria, allanando las dificultades que le presentaba Jeanette, alborozada por ir, mas sin demostrarlo; ce-

diendo el terreno palmo á palmo, en honrosísima retirada; abusando de la táctica de que disponen las mujeres de talento: simular sacrificio inmenso lo que es la realización de un deseo.

Separáronse en apacible armonía, un poco fatigados, hastiados el uno del otro, pero besándose como si tal cosa; en ese delirio que domina á la humanidad de llamar "mío" á lo que ya lo fué, con pocas probabilidades de repetirse; inconsiderado afán de suponerse propietario, aunque sea momentáneamente, y de materia tan fungible como el amor! Con la seguridad de que habían de negársele, regresó Carlos á formular una pregunta:

—¿Se verían esa noche?

—Nó, era demasiado.

—Ni en el escenario un momento siquiera en el primer entreacto; un apretón de manos, desearse buenas noches?

—Nó, ni así. Hasta el día siguiente.

Bastante se alegró Carlos, respiró como si le hubieran quitado un peso de encima. Si llegan á co-gerle la palabra, no sabía lo que habría hecho; probablemente no cumplir. Cosa extraña, que por primera vez le acontecía dada la severidad de sus costumbres anteriores. No encontraba guapas á las chicas que lo eran, ni simpático á nadie; escéptico y desconsolado como si hubiera vivido veinte años en una sola noche; pálido, ojerudo, desvanecido, sin fuerza y sin ilusiones; importándole lo mismo

vivir que no vivir, creer que no creer; envidiando á la gente pobre y verdaderamente trabajadora, avara de su sueño y de su salud; que hacen de la vida el uso lógico y racional, sin tirarla por la ventana ni pisotearla indiferente; dábase asco, oliendo mal, á vino vertido en las ropas y aliento de un extraño.

Efectos de su primera noche de orgía!

V.

No regresaron de los toros de tan buen talante como habían ido. Recostados en el fondo de su carruaje de punto, tocándose á cada vaivén, formulaba Carlos quejas sin cuento, amargas recriminaciones, resentimientos justificados. Por bonito papel lo había hecho pasar; á saberlo, jamás le habría ocurrido invitarla ni á los toros ni á ninguna parte. ¿Qué le hubiera costado comportarse de otra manera? ¿Estar más solícita con él y menos atenta con los demás? Evitar que todo el mundo los mirara, no ser voluntariamente el objeto de la curiosidad general, dando el espectáculo, y qué espectáculo? Rodeada de tanto pisaverde, sin una palabra, sin una sonrisa para él, sentado siempre detrás, como sirviente ó pariente pobre que se invita por compasión, no se le vuelve á recordar, y delante de la gente se le demuestra el favor? Podía jurar que el barítono y su mujer no se marcharon porque les desagradara lo sangriento de la diver-

sión, fué un pretexto, se les conocía que aquello les repugnaba. Y era el colmo; para que algo repugnara á esos individuos, poco asustadizos de suyo, se necesitaba que la cosa fuera como había sido, una descortesía sin nombre y un desembarazo sin límites. Comprendía que no era cuerdo exigirle amor ni mucho menos, pero un poquillo de respeto, una consideración ligerísima, que en todas partes se otorga al que nos acompaña, desde el momento en que se acepta la tal compañía y séanos simpático ó nó el personaje que la ofrece; lo exigía el decoro, lo mandaba la delicadeza y á él, por fortuna, no le faltaban ni el uno ni la otra.

Jeanette dejaba pasar el chaparrón, divirtiéndose con las escenas de la calle, acostumbrada á esas reclamaciones, á esos celos, sin discutir y sin defenderse, conociendo el punto débil de los hombres cuando quieren de veras, una nerviosidad que se desborda en frases malsonantes, cólera de niño, que al verse sin eco y sin contradictor se asustan de sí mismos, de su osadía, y amainan paulatinamente hasta pedir perdón de la reprimenda que dirigen ó de las lágrimas que derraman, convirtiéndose en vencidos para poder alcanzar la caricia que los enloquece ó el juguete que los desvela.

Marchaba el coche muy despacio, siguiendo las ondulaciones de la interminable fila de los que á esa hora llenaban la calzada; mirándose de un lado los trenes descubiertos, las doradas libreas, los ji-

netes, y en el centro, colocados á distancia determinada, la guardia de á caballo disminuyendo en proporciones según la lejanía, con la espalda encorvada por lo molesto de la postura, el puño de la espada descansando sobre la pierna derecha y los caballos con la cara hacia la tierra, reflexionando en su mala estrella. Del lado de la acera, la multitud que salía tumultuosamente por las grandes puertas del circo, con poderoso aliento de animación y de vida; escuchándose mezclados, los gritos de los comerciantes ambulantes, velando por el capital, mostrando la mercancía, deteniendo á los transeuntes; llanto de chiquillos, nombres de periódicos, llamadas de cocheros, el ruido peculiar á la conclusión de las fiestas concurridas. De pronto, el tumulto se calmó, replegándose la gente en dos grupos compactos, dejando un medio transitable, sin intervención de gendarmes ni coacción de ningún género, impelidos por la misma causa, obedeciendo á idénticos deseos, empinándose los de atrás para distinguir mejor, cargando otros á sus párvulos para mostrarles la maravilla; la cuadrilla atravesaba altanera, formados de dos en dos, repartiendo saludos y apretones de manos á los que los pedían, que eran muchos, especialmente de la clase baja, fácilmente deslumbrada con lo que brilla, aunque después resulte oropel; que agradece la burla por el placer recibido, sin escarmentar nunca, pobre mariposa social, volando siempre al rededor del